



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Herculiano Zarzuela
San Francisco Potosí
acuarela 60*40 cm

- Allen Ginsberg
- Julio Cortázar
- H.C.F. Mansilla
- Alfredo Bryce
- Paul Gray
- Fabio Morábito
- Edmundo Paz
- Adolfo Cáceres

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXVI nº 675 Oruro, domingo 7 de abril de 2019

FUNDACIÓN
ZOFRO
CULTURAL

Mi cabaña en la noche del oeste



- Dijo el esqueleto Buda, la compasión es riqueza, dijo el esqueleto corporación, es mala para la salud.
- Es cierto que escribo sobre mí mismo, ¿A quién otro conozco mejor?
- Ezra Pound fue el único poeta que puso atención al habla tal como es en realidad pronunciada por el cuerpo, y comenzó a medida en líneas que pudieran ser cantadas rítmicamente sin violar el sentido común, sin llegar a la fantasía histórica o a la robótica repetición del metrónomo, al eco emocionalmente gastado de formas culturales antiguas.
- El primer poeta, después de Whitman que exploró nuevas formas, en verdad el más grande poeta desde Whitman... el que descubrió los manuscritos de Monteverdi en las bibliotecas venecianas y las reveló al siglo veinte para que las escucháramos, el que en sus sabias investigaciones, volvió hasta los grandes músicos del Renacimiento para saber cómo ellos ofían las vocales y les ponían música, sílaba por sílaba, así llegó también a las obras de Vivaldi a quien sucedió a la luz pública.
- En mis sueños caminaba goteando por un viaje a través del mar sobre las carreteras a través de América llorando hasta la puerta de mi cabaña en la noche del oeste
- He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura.

Irwin Allen Ginsberg. Estados Unidos, 1926-1997. Poeta.

Vestir una sombra

Lo más difícil es cercarla, conocer su límite allí donde se enlaza con la penumbra al borde de si misma.

Escogerla entre tantas otras, apartarla de la luz que toda sombra respira silenciosa, peligrosamente.

Empezar entonces a vestirla como distraído, sin moverse demasiado, sin asustarla o disolverla:

Operación inicial donde la nata se agazapa en cada gesto. La ropa interior, el transparente corpiño, las medias que dibujan un ascenso sedoso hacia los muslos.

Todo lo consentirá en su momentánea ignorancia, como si todavía creyera estar jugando con otra sombra, pero bruscamente se inquietará cuando la falda ciña su cintura y sienta los dedos que abotonan la blusa entre los senos, rozando la garganta que se alza hasta perderse en un oscuro surtidor.

Rechazará el gesto de coronarla con la peluca de flotante pelo rubio.

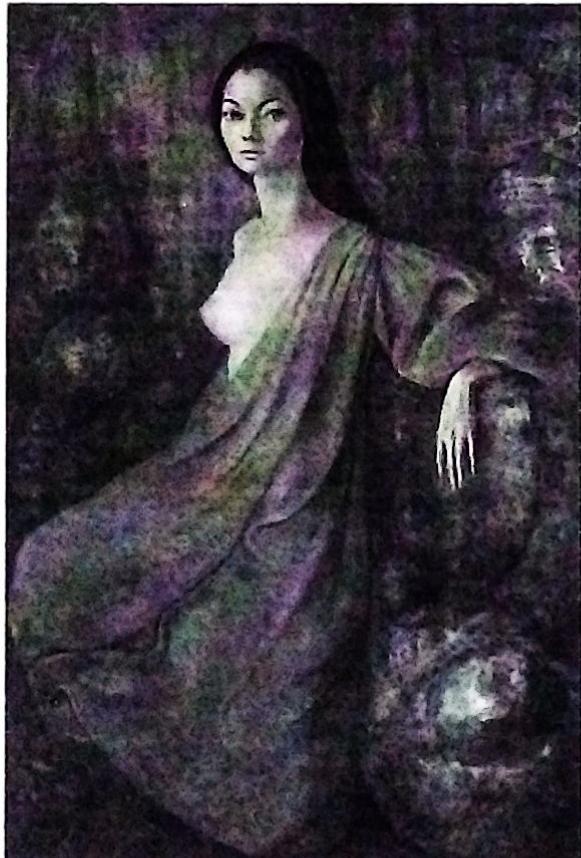
¡Ese halo tembloroso rodeando un rostro inexistente!

Y habrá que apresurarse a dibujar la boca con la brasa del cigarrillo, deslizar sortijas y pulseras para darle esas manos con que resistirá inciertamente mientras los labios apenas nacidos murmurán el plaintivo innombrable de quien despierta al mundo.

Faltarán los ojos, que han de brotar de las lágrimas, la sombra por sí misma completándose para mejor luchar, para negarse.

Inútilmente conmovedora cuando el mismo impulso que la vistió, la misma sed de verla asomar perfecta del confuso espacio, la envuelva en su juncal de caricias, comience a desnudarla, a descubrir, por primera vez su forma que vanamente busca cobijarse tras manos y súplicas, cediendo lentamente a la caída entre un brillar de anillos que rasgan en el aire sus luciérmagas bámedas.

Julio Cortázar. Bélgica, 1914 - Francia, 1984.
Escritor, profesor y guionista



el duende
director luis urquiza m.
consejo editor benjamín chávez c.
erázmo zarzuela c.
coordinación julia garcía o.
telfs. 5285500
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlínea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas, tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Un tema incómodo: una velada con Jaime Saenz

H.C.F. Mansilla *

En algún momento de 1983 conocí al poeta y novelista Jaime Saenz (1921-1986), que hasta hoy es considerado por los círculos progresistas como el literato más ilustre que ha dado la nación boliviana. Tenía en su derredor un grupo de acólitos y discípulos que luego conformaron una escuela muy distinguida e influyente de la literatura boliviana, en la que brilló sobre todo la notable poeta Blanca Wieschützter. Estos seguidores se ocupaban permanentemente de alabarla y distraerlo. Me llevaron a la casa de Saenz en Miraflores como una especie de favor excepcional, un honor rara vez concedido fuera del círculo de los iniciados. Seguramente los desilusioné, porque no me sumé a ellos ni Saenz me pareció tan genial.

Era una noche fría y lúgubre, como le gustaba al poeta. Saenz nos recibió en un recinto oscuro y algo maloliente, lleno de un denso humo de cigarrillo, que él denominaba "los talleres Krupp", mostrando así su admiración por una Alemania disciplinada, labiosa, estoica y severa, que ya no existía en la realidad y que él había creído conocer en Berlín alrededor de 1938-1939 como huésped de las Juventudes Hitlerianas. Una de las paredes, la que quedaba por mala suerte frente a mi asiento, estaba cubierta por una bandera alemana del periodo 1933-1945 un enorme leño rojo con una cruz gamada en el centro. Ante mi ligero asombro uno de los discípulos se apresuró a explicarme que el color rojo del estandarte quería demostrar la solidaridad con los pobres y los desposeídos y que la esvástica ya no significaba nada. Además, me dijo, el movimiento de Hitler -un nacional-socialismo, subrayó- tendría que ser interpretado hoy como un rechazo a las formas "burguesas" de hacer cultura y política y como una crítica, loable y temprana, a los excesos de la modernidad occidental. Digo que mi sorpresa fue limitada porque conocía a aquellos intelectuales latinoamericanos que en un instante daban la impresión de ser firmes revolucionarios de la Izquierda y al siguiente de ser partidarios de la derecha recalcitrante. Con mi acostumbrada arrogancia yo vislumbraba que ambas posiciones son habituales en una sola mente irreflexiva y que esto está muy expandido en los países de tradición autoritaria. Los acólitos de Saenz despreciaban los progresos de la institucionalidad, los procedimientos de la democracia moderna, el espíritu crítico y la modernidad en general. Estaban fascinados por un orden social en el fondo tradicional, como el cubano, donde prevalecían el consenso compulsivo, el verticalismo en las relaciones políticas y sociales y las estructuras rígidas y piramidales. Era simplemente muy divertido escuchar cómo los seguidores de Saenz, sin conocer ningún dato empírico sobre la isla, celebraban como hechos heroicos y hazañas culturales la publicación de los discursos del *máximo líder* o las proezas de algún funcionario subalterno que la historia ha olvidado. Tuve la impresión que no querían saber nada concreta sobre aquel régimen.

La velada fue francamente aburrida. Sólo se habló de cuestiones políticas y culturales



Jaime Saenz 1938 (en Alemania)

al comienzo, cuando las mentes estaban aún claras. Mi única intervención fue para defender a escritores "burgueses" del país, como Adolfo Costa du Rels y Guillermo Francovich, que los tertulianos condenaban sin misericordia, aunque todos confesaron que no los habían leído. Reitero: nadie conocía la obra de los escritores incrédulos. A esto Saenz exclamó: "De noche todos los gatos son pardos". Antes de caer en el sopor de la penumbra, durante media hora los asistentes se apresuraron a ensalzar esta frase excelsa, única, clarificadora y definitiva del maestro, que según ellos quería decir en la oscuridad del ámbito burgués todos los poetas y novelistas son igualmente mentecatos, con la excepción de los creadores revolucionarios, por supuesto. En las sombras de la reacción ningún escritor derechista merece un minuto de atención porque pertenece a la mediocridad y anonimidad de los gatos pardos.

Se consumió una cantidad notable de licores fuertes y baratos, que eran elogiados con mucha precisión y cariño. No creo que los libros hubieran inspirado un interés similar. Lamento decir esta cosa tan dura y tal vez inesperada, pero estas actitudes sucedían y suceden en las veladas literarias. No había nada similar a un buen oporto o un jerez. En el momento culminante de la noche emergió un pequeño recipiente de plata que algunos parecían esperar ansiosamente: el "azufre", como decía Saenz, o la "blanquita", como la llamaban los otros. Yo me negué terminantemente al consumo de cocaína, exhibiendo así mi carácter burgués, anacrónico, convencional, miedoso y anclado en el pasado. El nivel del debate decayó rápidamente, y lo único que se notaba eran las lenguas espesas, las miradas vidriosas y la falta de ventilación. Era una sesión habitual de la bohemia de artistas y literatos, como debe ser en el mundo entero: el aire enrarecido por el humo del tabaco, el consumo vigoroso de alcohol y drogas, la noche que a primera vista parecía misteriosa y atractiva, la recitación enfática de unos pocos versos ya muy conocidos y la creencia, jamás turbada por una palabra crítica, de que todo lo dicho o farfullado por el maestro resultaba profundo, muy profundo. En suma, no pasó nada memorable. Este es el punto central de mi modesto texto y no un reproche al maestro Jaime Saenz.

Con el tiempo los discípulos de Saenz han elaborado dilatadas interpretaciones y exégesis llenas de amor y admiración en torno a todas las expresiones del maestro. Pese a que esas tertulias no se distinguían por ningún aspecto que pudiera ser calificado de notable, los acólitos de Saenz convirtieron su recuerdo en un espectáculo revolucionario, izquierdista, antiburgués y futurista, en un verdadero mito, que hoy, con los años, se ha consolidado y extendido con enviable éxito, transformándose en una verdad indubitable del desarrollo cultural boliviano. A Jaime Saenz le faltó el elemento trágico y la inclinación crítica que tuvieron, por ejemplo,

los poetas malditos rusos en la época de la Revolución de Octubre, a quienes la vida les deparó situaciones y dilemas realmente serios. En la conformación de la leyenda actual Saenz toma el papel del gran visionario y romántico que se adelantó a su época; toda crítica a este personaje es descalificada como un testimonio de conservadurismo e incomprendimiento. La entrada de Wikipedia que se refiere a Saenz, formulada probablemente por sus fieles seguidores, afirma que las tertulias en los Talleres Krupp constituyan "un espacio marginal y rebelde de rico intercambio cultural". Décadas después todos los discípulos de Saenz cultivan posiciones postmodernistas en contenido y forma. Nadie quiere acordarse del pasado fascista del gran maestro, o mejor dicho, ese pasado es visto ahora como el lado "mágico y místico" del nazismo, el cual sale así purificado de toda conexión con los campos de concentración o con cualquier aspecto del totalitarismo. La espiritualización artística de los regímenes fascistas es considerada como la fuente de lo mágico y misterioso, la mezcla de lo tenebroso con lo maravilloso, que sigue seduciendo a los poetas andinos. El nazismo, en cuanto origen de lo esotérico, se encuentra expurgado de todo factor negativo. Y en tiempos postmodernos lo esotérico es pensado como una posibilidad de conocimiento, como un método gnoseológico entre otros. ¿Qué dirían las víctimas de Auschwitz ante esta conversión del fascismo en un inocente caminó del saber?

Mi colega en la Academia de la Lengua, Alfonso Prudencio, aseveró que Saenz había creado un "mundo mágico y surrealista, oscuro y a la vez iluminado". Es también una apreciación paradójica, de aquellas que gustan tanto a los literatos postmodernistas y a los pocos lectores genuinos que han quedado en la actualidad. Prudencio fue más allá y atribuyó a Saenz un "alma de niño en un poeta maldito, ángel caído, echado de este infierno terrenal y habitante de parusos artificiales". En una palabra: un hombre "de ternura desbordante", que vive en un mundo de "ensueños y pesadillas". No hay duda de que Saenz, el poeta del misterio, el alcohol y la muerte, es un personaje central de la versión andina de la postmodernidad, pues prácticamente otras cosas -algunas notables, lo reconozco-, el arte de hablar mucho y decir poco, como se puede constatar en su novela *Felipe Delgado*, que muchos comienzan, pero que pocos terminan. Así experimenta las riñas y las convenciones de los literatos, que no tienen nada de renovador. Como dijo Ernesto Sábato: No hay nada más conservador que un revolucionario en el poder.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua.



Onetti o la soledad de un escritor

Alfredo Bryce Echenique



Enrico Cicogna me habló por primera vez de él. Este notable traductor italiano volvía de Madrid y había hecho escala en París. Las tardes las pasaba en mi casa, contándome cosas de Juan Carlos Onetti. El pobre Enrico se sentía realmente muy mal. Por acompañar a su queridísimo amigo en su encierro oscuro y en lo de su aparato para beber vino sin interrumpir la lectura o la conversación había empuñado el codo de una manera totalmente desacostumbrada para él. Lo quería y admiraba tanto a Onetti, pero realmente no sabía si podría soportar una nueva visita a su departamento de Madrid. En el fondo, sin embargo, Enrico quería volver y hasta llegó a pedirme que lo acompañara en su próxima visita. Yo podría cuidarlo, no dejarlo caer hasta tal punto en la que el poeta y crítico Saúl Yurkovich llamó "el hueco voraz de Onetti". Yo me resistí. No quería molestar a un hombre que, lentamente, se había ganado el derecho a la soledad.

Poco después, el gran Enrico murió en Milán y supe que ya no tendría que molestar a un maestro. Pero, un día, una de mis alumnas de París me dijo que no podía avanzar en su tesis sobre Onetti sin hablar con él. Le dije que Onetti era algo así como un ogro bucénfimo, al que jamás se debía molestar. La chica, insistió y le dije que bueno, que fuera a Madrid, que intentara una cita con Onetti, pero que, por favor, a mí no me mencionara para nada.

Cuál no sería mi sorpresa: un Onetti amabilísimo me había dedicado horas enteras, toda una tarde, y la había ayudado muchísimo en su trabajo. Y además me mandaba saludos,

sin conocerme, y me pedía que, si algún día iba a Madrid, me cuyera por su casa. Pero no lo hice nunca, a pesar

de que hubiera sido hermoso dedicarle una buena charla a la memoria de Enrico Cicogna.

En 1979 vi a Onetti por primera vez en mi vida y no estaba como para que nadie lo molestara. Fue en un congreso literario en Canarias y al maestro le había tocado encontrarse ante el único asiento vacío de un ómnibus, nada menos que con Juan Rulfo, otro maestro. El ómnibus no podía partir porque los dos maestros insistían en seguir cediéndose el asiento: cuando subió un pobre despistado vio el sitio libre y se instaló tan campante. El maestro uruguayo realmente casi lo mata.

Y desde entonces sólo me ha quedado imaginar a Onetti a través de su obra. Me quedo con cada una de ellas, porque aunque nada stendhaliano, con este extraordinario escritor uruguayo sucede lo mismo que con Stendhal: uno no se deleita leyendo tal o cual libro de Stendhal o de Onetti; uno se deleita leyendo a Stendhal y a Onetti y punto. Los libros del uruguayo son dolorosos y tiernos, nocturnos y duros. Son libros sin medio ambiente, sin paisaje, sin geografía. Todo en ello mana del alma de los personajes, de una sordida angustia terriblemente lúcida. Los personajes de Onetti deambulan por un espacio deshabitado y sin pasado, sin historia y sin futuro. De sus corazones sin se brotan sin embargo palabras muy tiernas, palabras que describen el itinerario de un escritor de fondo.

Largo es el deambular sin sentido de estos personajes abandonados hasta por el narrador. Onetti desaparece en sus libros, o en todo caso de él no queda más que el espíritu. Lo suyo es un modo de ser del que por consecuencia se llega a un templo de ánimo no visto como consecuencia, sino como acutud.

Onetti representa, desde *El pozo* (1939), su primera novela, una nueva actitud del hombre en su circunstancia. Toda enorme dificultad de ser algo genuinamente latinoamérica-

no, en medio del escepticismo de una generación sin fe, angustiada ante problemas sociopolíticos que se vienen en un retro absoluto, con la conciencia de la realidad inauténtica que condiciona una limitación existencial.

"Me aparté enseguida y volví a estar solo. Es por eso que Lázaro me dice fracasado. Puede ser que tenga razón, se me importa un carajo, por otra parte. Fuera de todo esto, que no cuenta para nada, ¿qué se puede hacer en este país? Nada, ni dejarse engañar. Si uno fuera una bestia rubia, acaso comprendiera a Hitler. Hay posibilidades para una fe en Alemania; existe un pasado antiguo y un futuro, cualquiera que sea. Si uno fuera voluntarioso imbécil se dejaría ganar sin esfuerzos por la nueva mística de nosotros. Pero aquí? Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos".

El amor, aun cuando se adora a alguien, es algo a lo cual no se le puede dar una espalda dormida en el lecho común. Laten la traición y el desengaño, alguien va a dar una terrible puñalada siempre, en algún momento. Aunque la muerte no sea cosa terrible porque mucho peor es la vida. "El amor es maravilloso y absurdo e, incomprensiblemente, visita cualquier clase de almas. Pero la gente absurda y maravillosa no abunda; y los que lo son es por poco tiempo, en la primera juventud. Despues comienzan a aceptar y se pierden (...) Y si no se casa con una muchacha y un día despierta al lado de una mujer es posible que comprenda, sin asco, el alma de los violadores de niñas y el cariño baboso de los viejos que esperan con choclatines en las esquinas de los liceos".

Recuerdos cuando les leía estas cosas a mis alumnos, en París. Se crispaban. Movían negativamente la cabeza. Pero yo les pedía confianza y los mandaba a leer *Juntacadáveres*, *El astillero*, *La vida breve* y los maravillosos cuentos de Onetti. Entonces era yo quien reaccionaba crispado y moviendo quejosamente la cabeza. Todos querían trabajar sobre Onetti. Querían hacer su tesis, primero, y luego hasta un doctorado. Bueno, ¿pero no les interesaba ningún otro autor? ¡No les había hablado yo de muchos otros grandes escritores? Bueno, sí, pero...

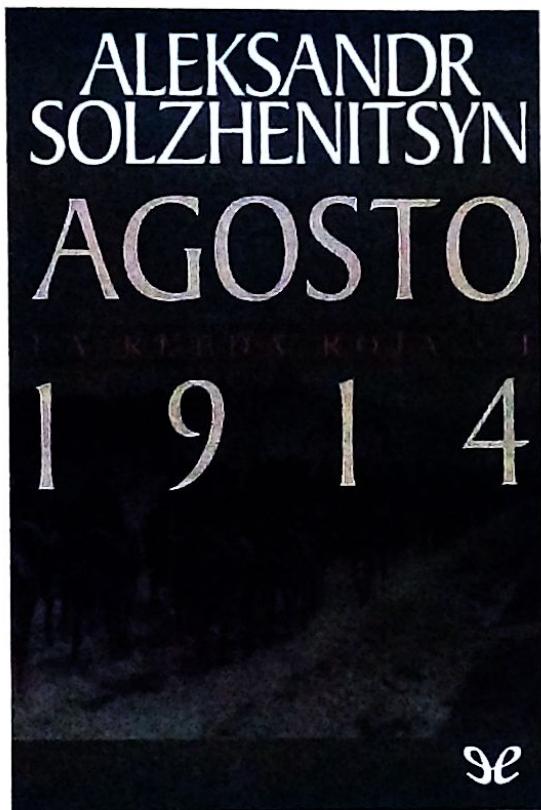
Y es que habían descubierto la nocturna ternura y la pena sin nombre, la gratuidad del mundo que los personajes de Onetti construyen sobre y contra la nada. El escepticismo como virtud que nos permite ver la miseria sobre la cual nos levantamos. Las cosas que se esconden en las cosas. Ese deambular de los personajes de Onetti hasta llegar al fondo de la noche. Alguien, en algún lugar de Montevideo, Buenos Aires y Madrid, había asumido la total soledad de un escritor de fondo. Y mis alumnos amaban la literatura.

Lo acabó de recordar, volvió a ver a Onetti una vez más. Fue en la Sorbona. Una sabia pedagoga lo explicó "todo" sobre "la suma onettiana" al presentar con osombrosa pedantería a un hombre cansado. Por fin se calló y le dio la palabra "al gran maestro Juan Carlos Onetti". Pero el gran maestro optó por el más absoluto silencio. ¡Cuánto me ref! Nadie logró sacarle una sola palabra. Gocé mucho y hasta ahora me jacto de haber asistido como si adivinara lo que iba a suceder con Onetti esa noche en la Sorbona. Y de haberme tomado un tinto en su honor, de regreso al mismo departamento en que Enrico Cicogna me habló por primera vez de su amigo Onetti.

De: La Nación

Soljenitsyn, el glasnot en la Rueda Roja

Paul Gray (1989)



Un aviso escrito a mano está pegado junto a la puerta de venta de Cavendish, estado de Vermont. *No hay bañeros. No entre descuidos. No se informa el camino para los Solzhenitsyns.* Una historia intrigante puede ser leída en las interlíneas: no sólo la presencia en esa pequeña villa (población: 1355), de Vermont, de un escritor ruso mundialmente famoso, sino también la decisión de sus adoptivos vecinos yanquis de proteger su privacidad.

Alexander Soljenitsyn llegó a Cavendish, con su mujer Natalya y sus cuatro hijos, en 1976, cerca de dos años y medio después de haber sido acusado de traición y exiliado, a la fuerza, de la Unión Soviética. Estableciéndose en un refugio de 200 hectáreas en las montañas, comprados con los royalties de la publicación, en Occidente, de sus obras, el autor de libros como *El palenque de los cancerosos* y *El primer círculo* gradualmente desapareció de las revistas y de la vista.

Peregrinos admiradores, esperando un vistilumbre del Premio Nobel de 1970 –bien como posibles agentes de la KGB– fueron desestimulados por los habitantes locales y por un impresionante sistema de seguridad que cerca el lugar.

Eas señales exteriores de retraimiento provocaron mucha especulación. ¿Qué hacía Soljenitsyn en ese asentamiento huérfano?

Después de 13 años, finalmente emerge una respuesta y es de causar estupefacción. Ayudado por Natalya (‘*No creo que podría haber conseguido sin mi mujer*’), él construyó una verdadera fábrica de literatura. Trabajando casi doce horas por día, siete días por semana, en una casa de tres pisos, en los fondos de su residencia, que sirve tanto de lugar de trabajo y biblioteca y como centro de composición y revisión, él produjo más de cinco mil páginas impresas, en

ruso, de un épico llamado *La rueda roja*.

Valiéndose de la técnica de ficción, pero basado en exhaustivas investigaciones históricas, el proyecto visa a nada menos que una amplia visión panorámica de los acontecimientos que culminaría en la Revolución rusa de 1917.

Llevando años antes que el ciclo completo de los romances esté a la venta en lengua inglesa. Pero una pre estrella gigantesca de lo que puede esperar está siendo publicada esta semana bajo el título *Agosto de 1914* (Farrar, Straus & Giroux, 854 páginas, 50 dólares).

Esa novela apareció por primera vez en inglés en 1972, después de su destierro de la Unión Soviética. Soljenitsyn estaba libre para explotar nuevos tesoros de material de archivo, especialmente en la Hoover Institution, de la Universidad de Stanford, y ahora aumentó el texto en cerca de 300 páginas. Buena parte del material adicional se refiere a las nocivas (según Soljenitsyn) actividades de Lenin en la apresurada entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial, y la heroica (idem) carrera de Pyotr Stolypin, primer ministro del Zar Nicolás II, asesinado en 1911 por un anarquista llamado Dimitri Bogrov. Traducida por Harry T. Willerts, esa versión es esencialmente una obra nueva.

Y, añade, no es volumen. Aquellos que, verano tras verano, se sienten tomados de culpa por no haber leído *Guerra y paz*, pueden positivamente rastrear delante de un libro sin duda difícil y arduo como *Agosto de 1914*.

Se trata de una narrativa ceñida, contada de decenas de diferentes perspectivas, de la vida en Rusia, cerca de 1914, y de la total falta de preparación de la nación para la ofensiva militar lanzada contra los alemanes en agosto de aquel año. En esa historia, Soljenitsyn mezcla fracciones de periódicos

contemporáneos, una sucesión de documentos oficiales y una serie de *Telas*, escenas descripciones como si se destinases a un guion cinematográfico. El efecto total de esa avalancha de informaciones es de hecho intimidante.

Pero el lector paciente será ampliamente recompensado. El laberinto de detalles puede ser cautivante. Personajes surgen y desaparecen durante centenas de páginas, para retornar de modo memorable. Al mismo tiempo, identidades individuales son forjadas y fundidas en el crisol de la historia. En el decurso de los acontecimientos panorámicos, una voz persistente sublima la insensatez y la tragedia de los que está siendo registrado, un cataclismo que arruinó a una nación y cambió el mundo moderno.

En el apagarse de las luces del siglo XX, Soljenitsyn produjo un santo del siglo XIX, una saga que presupone un público lector inteligente y con el tiempo necesario para seguirla y no dejarla en medio. Viviendo de otra persona, ese romance –sin hablar de la inmensidad de la futura *La rueda roja*– parecería quijotesco o con un ejemplo de arrogancia monumental.

Pero el autor, de 70 años, pasó su vida adulta desafiando desventajas imposibles, y hechos recientes indican que él puede estar venciendo.

De repente, su reputación en la Unión Soviética está creciendo. El mensajero literario moscovita Novy Mir en breve pasará a publicar extractos de Archipiélago Gulag, el relato contundente de Soljenitsyn a respecto de los prisioneros políticos, inclusive él mismo, en la vasta red de campos de trabajo stalinistas; la obra completa también será publicada en forma de libro.

Y el Sindicato de los Escritores Soviéticos recientemente anunció la anulación de sus decisiones, de 1969, de expulsar al autor de sus filas, por ‘comportamiento antisocial’ y apeló para el Soviet Supremo en el sentido de devolver la ciudadanía a Soljenitsyn.

Vadim Borisov, el editor del *Novy Mir*, que cuida de los asuntos literarios de Soljenitsyn, en la Unión Soviética, no tiene duda de la importancia del autor para su patria:

“Si todas las obras de Soljenitsyn hubiesen sido publicadas en la época y no prohibidas, la naturaleza de la prosa rusa de hoy sería diferente. Cuando su ciclo histórico-epic sea leído en su integridad, tendrá el mismo significado para la literatura rusa que la Divina Comedia de Dante tiene para la literatura europea.”

En su exilio en Vermont, el autor está ocupado preparando las páginas finales de *La rueda roja*. Con el trabajo más importante de su vida agitada y angustiosa prácticamente terminado, parece más descansado a los ojos de su familia y de sus amigos. En la vida real, como siempre lo fue en sus escritos, su mirar ahora parece sereno y confiadamente dirigido para la eternidad.

Aleksandr Isayevich Solzhenitsyn. Rusia, 11 de diciembre de 1918 - 3 de agosto de 2008. Escritor, historiador, crítico del socialismo soviético, Premio Nobel de Literatura-1970 por la fuerza ética con la que continuó las tradiciones indispensables de la literatura rusa. Contribuyó a dar a conocer el Gulag, campos de trabajos forzados de la ex URSS donde estuvo preso entre 1945 y 1956.



Fabio Morábito

Fabio Morábito Alejandría, Egipto, 21 de febrero de 1955. Poeta, ensayista y narrador. Es autor de los poemarios: *Lotes baldíos* (1985), *Del lunes todo el año* (1992), *Alguien de lava* (2002), *El verde más oculto* (2002), *La ola que regresa* (2006), *Delante de un prado una vaca* (2013), *Un naufrago jamás se seca* (2011), *Ventanas encendidas* (2012).



Los columpios

Los columpios no son noticia,
son simples como un hueso
o como un horizonte,
funcionan con un cuerpo
y su manutención estriba
en una mano de pintura
cada tanto,
cada generación los pinta
de un color distinto
(para realzar su infancia)
pero los deja como son,
no se investigan nuevas formas
de columpios,
no hay competencias de columpios,
no se dan clases de columpio,
nadie se roba los columpios,
la radio no transmite rechinidos
de columpios.
cada generación los pinta
de un color distinto
para acordarse de ellos,
ellos que inician a los niños
en los paréntesis,
en la melancolía,
en la inutilidad de los esfuerzos
para ser distintos,
donde los niños queman
sus reservas de imposible,
sus últimas metamorfosis.
basta que un día, sin una gota
de humedad, se bajan
del columpio
hacia sí mismos.
hacia su nombre propio
y verdadero, hacia
su muerte todavía lejana.

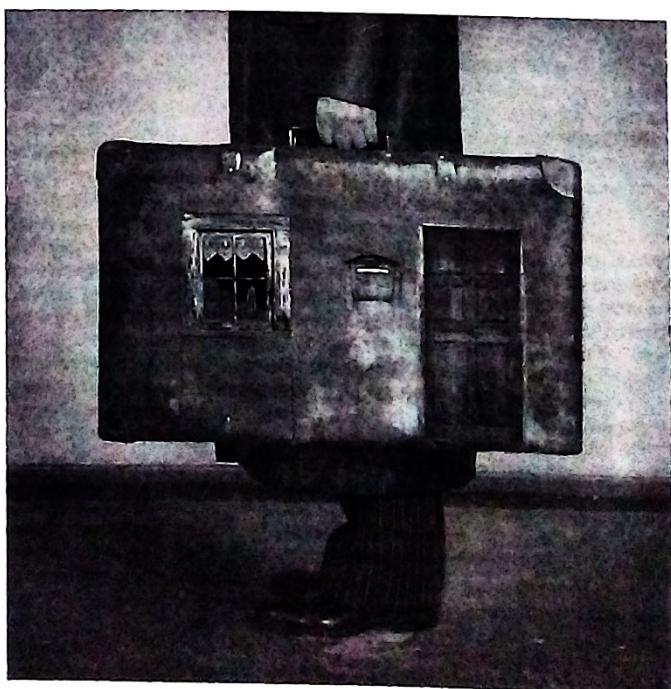
Mudanza

A fuerza de mudarme
he aprendido a no pegar
los muebles a los muros,
a no clavar muy hondo,
a atornillar sólo lo justo.
He aprendido a respetar las huellas
de los viejos inquilinos:
un clavo, una moldura,
una pequeña ménsula,
que dejó en su lugar
aunque me estorben.
Algunas manchas las heredo
sin limpiarlas,
entro en la nueva casa
tratando de entender,
es más,
viendo por dónde habré de irme.
Dejo que la mudanza
se disuelva como una fiebre,
como una costra que se cae,
no quiero hacer ruido.
Porque los viejos inquilinos
nunca mueren.
Cuando nos vamos,
cuando dejamos otra vez
los muros como los tuvimos,
siempre queda algún clavo de ellos
en un rincón
o un estropicio
que no supimos resolver.

Pelambre

Qué hermoso debe ser
tener una pelambre,
ser homogéneos contra el frío,
sentir
como una cualidad intrínseca,
y no como tarea, la vida.
Sentir por la abundancia
de los pelos
que se está vivo para algo.
Qué hermosa una pelambre
espesa,
un corazón inalcanzable,
un corazón que está juntando
muerte,
un corazón que está alcanzándose,
una verdad que se abre paso.
Qué hermosa debe ser la muerte
de los osos,
puntual e inevitable.

En las cadenas de montañas
que cruzan a lo largo de su vida.
Hay siempre una montaña
que es la última,
una pendiente que no espera solución,
algo pendiente que se va con uno.



El encuentro o el ansia de realidad

Cuatro cuentos breves del escritor columnista, narrador y novelista cochabambino José Edmundo Paz-Soldán Ávila (1967)

DOLORES

El jueves es el único día de la semana en el que mi papá me permite ver televisión hasta tarde, porque sabe que las historias de terror me fascinan y las presentadas por Hitchcock son mis favoritas.

Sentados en el sofá. Él en pijamas y yo en camisón, suspendemos por una hora el diálogo y nos dedicamos a cosas diferentes, yo a regocijarme con los vericuetos del terror en la pantalla.

Cuando termina el programa hacemos los comentarios de rigor y después el simulacro de despedida; simulacro, porque todas las noches del jueves, sin que haya pasado más de diez minutos en mi cama, él aparece y, tímidamente, me pregunta si puede dormir conmigo y yo, por supuesto, acepto.

Cuando lo abrazo puedo sentir el temblor de su cuerpo, el miedo que se niega a abandonarlo y que le impide dormir solo en su habitación después de una historia de Hitchcock.

Él opriéme con fuerza su cuerpo contra el mío y no tardamos en dormirnos. Es tan hermoso, en la mañana, despertarme antes que él y sentir su calidez y nuestras piernas entrelazadas y escuchar su respiración ronca, aritmática, y verlo sumido en el sueño con tanta maestría.

Tengo catorce años pero ya he oído de padres pervertidos, de hijas pervertidas. También ya he leído "Lolita". Pero en mí no existen dudas: lo mío y lo de él es algo al margen, una cápsula de sublime pureza en un mundo corrupto, un magnífico momento deshabitado de malicia.

Y entonces lo acaricio hasta saberlo despierto pese a sus ojos cerrados, y ciervo los ojos y siento una mano que se arrastran y encuentra, unos labios que se arrastran y encuentran, y mantengo los ojos cerrados y siento un cuerpo que busca y encuentra, busca y encuentra, busca y encuentra, busca y encuentra.

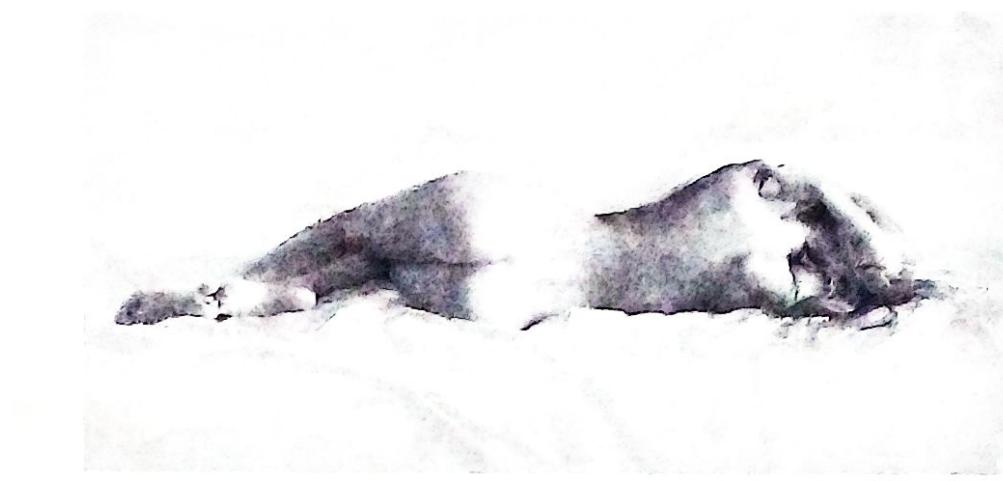
UNA DIVERSA VERSIÓN

El gobierno de Bolivia, como parte de su prometida reforma educativa, llamó a un concurso para la provisión de un nuevo texto oficial de historia para uso de colegios, universidades, la Cancillería, público en general.

Se presentaron veintitrés obras, de las cuales el comité seleccionador, compuesto por el ministro de Educación y destacados intelectuales e historiadores, eligió la realizada por Arturo Mercer, destacando sus "atrevidos, originales postulados y su innovador estilo, en el que se pueden rastrear huellas de Borges y García Márquez".

Al ser interrogado acerca del porqué de su voto, el ministro de Educación afirmó que no sabía si la historia de Mercer era la más fiel a la historia de Bolivia, pero que, en todo caso, era, de lejos, la más interesante.

Sin duda, entre los originales postulados se puede citar el hecho de que Bolivia no perdió el mar a consecuencia de la victoria de Chile en la guerra del Pacífico, al contrario. Bolivia ganó la guerra y luego, por concesión hacia la pequeñez geográfica y la escasez de recursos en la que se debatían los



chilenos, decidió regalarles el mar y con él el salitre, las minas de cobre, un territorio fértil.

La guerra del Chaco, en la que Bolivia fue derrotada por Paraguay, fue una "sutil estrategia para deshacerse de un territorio inservible, carente de riquezas materiales, inútil hasta para los pintores".

Ambas ideas han suscitado controversia y aplausos.

Los que no creen en ellas no han podido, todavía, demostrar su falsedad. Por su parte Mercer, un anciano risueño instalado con orgullo en la gruta de la polémica, dice que los que dudan de la veracidad de su historia pueden consultar las fuentes de la que derivan sus principales postulados: "Una nueva historia para Bolivia", tesis (1939); "El derrumbe de los mitos", ensayos (1956), "Destrucciones", fragmentos de filosofía de la historia (1969).

Los tres libros han sido escritos por él.

ANAHEIM, CALIFORNIA

La nueva, polémica atracción de Disneylandia, inaugurada hace tres meses, se ha convertido ya en el eje, la principal fascinación de la diana, interminable concurrencia.

Se trata de un laberinto gigante que promete perder a todos los que aventuren a entrar por sus pasadizos de un metro de ancho de paredes grisáceas de tres metros de altura en las que se encuentra una profusión de espejos de diversos tamaños, de diversos reflejos, de trampas diversas.

Los osados no son escasos: el promedio alcanza de 1123 por día. Cuarenta y un personas han encontrado la salida en sus 91 días de actividad, 102 152 se hallan todavía perdidas, de las cuales, se

conjetura, los muertos son más.

El perfume de frutilla diseminado en derredor del laberinto no alcanza a esconder el olor de la carne en descomposición.

Los pavorosos gritos de los sobrevivientes colaboran en la ambientación del espectáculo. El presidente de la compañía ha anunciado la imposibilidad de rescatarlos: nadie del personal se anima a ingresar al laberinto; por otro lado, clama su inocencia; en el reverso del ticket de entrada existe una frase que indica que la empresa no se hace responsable por ningún objeto perdido en Disneylandia.

Diversos grupos de presión han iniciado una campaña que en su punto más sobremane pide el boicot de todo lo que se halle relacionado con Disneylandia. El gobernador de California ha amenazado con revocar el permiso de funcionamiento del parque.

El presidente de los Estados Unidos ha hablado de una posible intervención federal. Mientras tanto, la concurrencia no disminuye, hace interminables filas desde la madrugada, bajo lluvia o sol violento, ansiosa de realidad, de un poco de vida en sus vidas.

KATHIA

Ella me dijo: "No te puedes perder, es la casa blanca en el condominio La Esperanza; tiene dos pisos, ventanas amplias y la verja es de color café". Es cierto, me fue fácil llegar aquí, pero las cuarenta y tres casas del condominio son blancas, de dos pisos y ventanas amplias y verjas de color café. Cuando recuerdo su belleza y el hecho de que estoy enamorado, pienso que podría ir casa por casa preguntando por ella hasta encontrarla. Pero temo descubrir que existen cuarenta y tres Kathias y prefiero mantenerla, única, en mi recuerdo. Además, hubiera advertido de las peculiaridades del condominio. Así que, enciendo el motor y emprendo el regreso a casa, silbando sin armonía una canción de Los Beatles.



HERENCIAS DE LA LITERATURA BOLIVIANA

Cristóbal de Molina "el chileno"

El texto forma parte de la obra "Nueva Historia de la Literatura Boliviana" - Tomo II – Literatura Colonial – Acápite "Narrativa colonial" – "Cronistas coloniales" (La Paz-Cochabamba. Editorial Los Amigos del Libro, 1990) del escritor, novelista narrador, investigador y ensayista orureño Adolfo Cáceres Romero

Cristóbal de Molina "el chileno". Cronista español que vivió entre 1494 y 1580. Su apodo no es ningún gentilicio; en parte, se lo llama "el chileno" para distinguirlo de su homónimo Cristóbal de Molina, el cusqueño, que también era un cronista contemporáneo suyo. "El chileno", le cabe por haber participado junto a Diego de Almagro en la conquista de Chile, entre 1535 y 1536, en su condición de religioso. En tal sentido, también ha debido participar, con sus bendiciones, en la fundación de Paria y Tupiza, los primeros poblados bolivianos que fueron fundados por los españoles, en 1535. Cristóbal de Molina, nació en Leganés, municipio de la provincia de Madrid, en 1494. Como muchos cronistas e historiadores compatriotas suyos, su visión del Nuevo Mundo comienza en Santo Domingo y Panamá, ciudades donde residió algún tiempo.

En 1551 fue "Sochante" de la Catedral de Lima; esto es: Director del coro para solemnizar los oficios religiosos más importantes.

Al año siguiente, según Jiménez de la Espada, habría concluido la redacción de su relación índica, manuscrito que por no llevar fecha ni firma se presta a confusiones, pues Porras Barrenechea piensa que bien pudo ser escrito por Bartolomé de Segovia, religioso que también estuvo presente en la conquista de Chile. Posteriormente sabemos que Cristóbal de Molina volvió a Chile. En 1561, junto a Hurtado de Mendoza, participó en la conquista de Cuyo. Sin precisar fecha, Juan Siles Guevara afirma que también estuvo por un tiempo en Charcas. Finalmente, falleció en Chile, en 1580.

En cuanto a la importancia de su "Relación de muchas cosas acaecidas en el Perú", citando palabras del propio Cristóbal de Molina, el investigador peruano Francisco Carrillo Espejo dice: "Cristóbal de Molina es de especial interés para nosotros por ser posiblemente el primer cronista que se identifica con el Perú conquistado, con el indio, con los Incas; es el primer cronista que se extiende en la descripción de las cruezares de los españoles, en los desastres humanos y materiales que causan".



Para entender los propósitos de su crónica, transcribimos el amplio título del manuscrito:

"J.H.U. - Relación de muchas cosas acaecidas en el Perú, en suma para atender a la letra a la manera que se tuvo en la conquista y poblazón destos reinos, para entender con cuánto daño y perjuicio se hizo de todos los naturales universalmente desta tierra, y cómo por la mala costumbre de los primeros se ha continuado hasta hoy la grande vejación y destrucción de la tierra, por donde evidentemente parece faltan más de las tres partes de los naturales de la tierra, y si Nuestro Señor no trae remedio, presto se acabarán los más de los que quedan; por manera que lo que aquí tratáremos no podrá decir destrucción del Perú, que conquista ni población."

La "Relación de muchas cosas acaecidas en el Perú" es una obra que fue publicada bajo diferentes títulos, teniendo una edición cuidadosa en la "Biblioteca Peruana", tomo III y en "Crónicas Peruanas de Interés Indígena", ambas en 1968. Esta crónica trata de la conquista del Tawantinsuyo, especialmente en torno a los sucesos acaecidos en el Perú, y algo de lo que se desarrolla en Quito y Chile, pasando por lo que hoy es territorio boliviano, puesto que en ese entonces, Paria y Tupiza eran poblados de mayor importancia, como se puede apreciar en el fragmento que reproducimos luego. Un aspecto estilístico que advierte Francisco Carrillo Espejo en el trámite del tema es que en esta obra

"Hay cierto desorden en los trazos narrativos, desorden que se explica por la necesidad que siente el autor de cortar el hilo de la historia para exponer un acto de barbarie que merece especial descripción. Podría decirse también que su descripción "moralista" tiene a simplificar el hecho histórico. Y al lado de su sencillez, su mayor adorno es la vehemencia de su mensaje no importa si es ideológicamente limitado". Limitación que se debe a la época y a las circunstancias en las que se instaló la conquista española, diríamos nosotros, lo que en parte también explica su "descripción moralista", pero no con el propósito de "simplificar el hecho histórico" propiamente.

Para tener una idea de su lenguaje, reproducimos el fragmento aludido:

LOS ESPAÑOLES RANCHEAN Y ESCLAVIZAN A LOS INDIOS

El Adelantado Almagro, después que se vio en el Cuzco desarmado de su gente, temió el Marqués no le prendiese por las alteraciones pasadas que había tenido con sus hermanos, como ya hemos dicho, y dicen que por ser avisado de ello tomó la posta y se fue al pueblo de Paria donde estaba su capitán Saavedra, y no paró allí porque traía gran determinación de hacer el descubrimiento de Chile, y dejó mandado al capitán Saavedra que fuese en su seguimiento, y él con diez o doce de caballo se fue adelante por el camino real hacia las provincias de los Chichas, cuya cabeza el

pueblo de Topiza, donde dijimos que le estaba esperando Paulo Topa Inga y Vilahoma, y en el camino le vino posta del Cuzco que le avisaban que le convenía no hacer aquel viaje y descubrimiento, porque el Obispo de Panamá, Berlanga, había llegado a la costa del Perú y venía a partíre los límites de su gobernación con el Marqués Pizarro. Y esto era verdad: pero como el Adelantado iba cebado de codicia y la ambición de señorear grandes reinos por la noticia que le daban los indios falsos de las riquezas y genios de la tierra de Chile, no tuvo en nada la tierra en que estaba, y la dejaba y permitía destruir de los que llevaba porque le siguiesen muy contentos y alegres en el dicho descubrimiento. Verdad es que algunas cosas castigaba y reprendía, pero eran muy pocas y con muy liviano castigo pasaba por todo. Sacaron los españoles de lo poblado y términos del Cuzco para el descubrimiento gran cantidad de ovejas, ropa y materiales que llevaban, los que de su voluntad no querían ir con ellos, en cadenas y sogas atados, y todas las noches los metían en prisiones muy agrias y espesas, y de día los llevaban cargados y muertos de hambre, lo cual entendiendo los naturales no los osaban esperar en sus pueblos y dejaban sus haciendas, mantenimientos y ganados, libremente, de lo cual se aprovechaban; y cuando no tenían indios para cargas y mujeres para que los sirvieran, juntábansen en cada pueblo diez o veinte españoles o cuatro o cinco, o los que les parecían y, so color que aquellos indios de aquellas provincias estaban altos, los iban a buscar, y hallados los traulan en cadenas y los llevaban a ellos y a sus mujeres e hijos, y a las mujeres que tenían buen parecer tomaban para su servicio y más adelante; que por nuestros pecados muy poco cuenta tenían, con si eran cristianas los indios o no, ni se trataba de tal cosa, y el que lo trataba fuera tenido por hipócrita si metiera mucho la mano en ello; casi no habla viernes ni sábado porque también se comía carne como en los otros días, y muy contados eran los españoles que tenían cuenta con esto; algunos españoles, si les nacían potros de las yeguas, que llevaban los hacían caminar en hamaca y en andas a los indios, y otros por su pasatiempo se hacían llevar en andas, llevando los caballos del diestro porque fuesen muy gordos.